

reparacion en el apoyo de sus semejantes. El mal, hé aquí el Satanás de la ciencia, hé aquí el enemigo que es preciso vencer, para la salvacion del género humano. Pues los medios de salud residen en el derecho, en la moralidad, en la religion, pero ante todo y siempre en la *ciencia*. Para librarse del mal, es menester conocer; cuanto mejor se conoce, mejor nos libramos de él: una ciencia imperfecta hace muchas veces heridas, la ciencia perfecta las cura.

Esto lo vemos ya en el estudio de la *medicina*. Nada de práctica sin teoría; una enfermedad bien conocida, es una enfermedad de que se triunfa, con tal que se pueda suprimir su causa. Si hay médicos que dudan aun de la posibilidad de constituir la medicina como ciencia, no hay uno que no confiese que la ciencia médica no sea el sólo remedio posible á los males que afectan el cuerpo humano. Lo mismo vienen á ser los males, frecuentemente inveterados, que sufren los pueblos, ó las enfermedades que afligen á la sociedad. La ciencia social, como teoría y como práctica, puede solamente emprender la estirpacion de estos males. Hay en la constitucion de la sociedad una hipertrofia industrial, levantad las fuerzas morales para restablecer el equilibrio; hay exceso de centralizacion, restableced las libertades municipales; mantened siempre la armonia entre los órganos de la vida pública, y para prepararla ó completarla, dad sobre todo vuestros cuidados á la educacion y la instruccion del pueblo, porque el niño hace al hombre, y el hombre la sociedad. Mas no os engaños sobre el valor de los remedios: tal institucion, rodeada por el respeto de la muchedumbre, puede hacer el efecto de una fuerza moral, mientras que en realidad viene á ser, despues que la corrupcion la ha ganado, la causa principal de la debilidad de las costumbres. Abandonad el pasado á sí mismo, no le sostengais si teneis que trabajar para lo venidero; acortad solamente la transicion, facilitando la trasformacion que se opera insensiblemente en las convicciones morales.

La comparacion entre la sociedad y el individuo, bajo la relacion de la salud y de la enfermedad, es mucho más sorprendente porque la sociedad moderna, presa de movimientos febriles, está visiblemente en un estado de crisis. La sociedad debe salvarse y libertarse del mal por los mismos medios que el individuo, por los recursos de la ciencia, porque su organizacion es la misma. Para combatir la *enfermedad*, debe conocerse la *salud*, de que la enfermedad no es más que una alteracion; borrar la enfermedad, es res-

tablecer la salud, como destruir el mal, es restituir el bien, quitar la injusticia, es restituir el derecho, y generalmente, quitar la negacion, es elevar la afirmacion primera. Lo mismo para luchar contra el *malestar social*, es menester conocer el *ideal* de la sociedad cuyo desorden sólo es una desviacion. El ideal, es el orden ó la perfeccion. El ideal, es á la sociedad lo que la salud es al cuerpo. La salud es el estado ideal del cuerpo humano que estudia la medicina; lo ideal es el estado de salud del cuerpo social que estudia el hombre de Estado. El arte de curar consiste en combatir la enfermedad para recobrar la salud; el arte de gobernar, tiene por objeto eliminar las imperfecciones de la sociedad para establecer el ideal. Uno y otro, ofrecen una combinacion de la teoría y la práctica, una aplicacion de los principios á los hechos, que entra en la filosofía de la historia. Sin el conocimiento de los principios, sobre los cuales descansa la organizacion del hombre y de la sociedad, la medicina y la política no son más que un vulgar *empirismo*, más propio para agravar el mal que para salvar el enfermo.

Ocupémonos ahora de algunos principios de la filosofía de la historia, aplicados á la vida de la humanidad terrestre.

La *vida* es la propiedad de un sér que es causa íntima de su mudar ó de su desenvolvimiento. En otros términos, un sér está *vivo*, mientras es la causa interna de la série continua de actos, por los cuales se manifiesta en el tiempo y cumple su fin. El fin ó *destino* de un sér es realizar sucesivamente todo lo que está contenido en su naturaleza. La metafísica enseña que un sér infinito realiza en cada instante su esencia de una manera plena y perfecta, aunque siempre original, y que los seres finitos, semejantes á Dios, deben tambien manifestar la plenitud de su esencia. Sin embargo, la observacion nos demuestra que los seres finitos no efectúan su esencia más que por grados, en cada parte del tiempo, y que el hombre mismo jamás puede efectuarla toda entera en la corriente de su existencia terrestre. La observacion en este punto no es contraria á la metafísica; solamente se deben extender sus resultados más allá de los límites de esta vida, si se quieren conciliar exactamente los datos del análisis, que no tienen más objeto que nuestro globo, con los datos de la síntesis, que se fundan en la universalidad de los seres. La conciliacion está hecha, la metafísica está justificada, si se admite que la vida terrestre no es más que una *parte* del destino del hombre; porque entonces la vida terrestre debe ser completada por

otra vida que se prolonga sin fin en el tiempo, de suerte que el sér racional puede agotar su esencia y realizar todo su destino en el tiempo infinito, como Dios lo realiza en cada momento de la duracion. Bajo la condicion de la inmortalidad del alma, la similitud subsiste entre el hombre y Dios en la vida, con la diferencia de que en Dios todo está en *acto*, mientras que en el hombre todo está en *potencia*, y se desenvuelve bajo la forma de sucesion: Dios es perfecto, y el hombre marcha hácia la perfeccion.

La vida de los séres finitos se pasa en el tiempo: de ahí las *edades* y los *grados de cultura*. Estas divisiones de la vida, inherentes al *desenvolvimiento* sucesivo de lo que está envuelto en el estado de posible en la ciencia, no se aplica á lo infinito. Dios no tiene edad, y la Humanidad del universo, que es infinita en su género, es igualmente perfecta en su género en todos los instantes de la duracion. Mas toda vida limitada en el espacio tiene tambien sus límites en el tiempo; la vida de la Humanidad terrestre y la vida de los individuos que comprende tienen una y otra su principio, su medio y su fin, y por consiguiente su período de crecimiento y de decrecimiento. Lo mismo sucede con la Tierra, cuya vida corresponde á la de la Humanidad terrestre. La vida actual es una imágen de la division de la vida en los séres finitos. Si la vida del hombre es infinita en el tiempo, debe comprender una infinidad de períodos análogos á la vida presente, de la que cada uno tiene su principio, su medio, su fin, y contiene la realizacion de una parte del destino humano. Bajo este punto de vista, el nacimiento y la muerte se identifican y son á la vez el principio y el fin de dos períodos particulares de la vida sin límites.

No deben confundirse las edades con los grados de cultura. Las primeras marcan los *momentos* sucesivos del desenvolvimiento de la vida, en que las fuerzas y los órganos obran de una manera distinta. Los segundos expresan el *estado de perfeccion*, permanente ó transitorio, que los séres han alcanzado en la vida. Los séres que no se perfeccionan, como las plantas y los animales, quedan siempre en el mismo grado de cultura, aunque traspasen sucesivamente la série de sus edades; las plantas y los animales tienen sin duda perfecciones desiguales y no son colocados al mismo nivel en la escala de la organizacion, pero conservan siempre entre sí la misma distancia: la planta no adquiere funciones de relacion que la aproximen al animal, y el animal no adquiere funciones racionales que lo ale-

jen cada vez más de la planta. Los séres perfectibles como el hombre tienen por el contrario grados progresivos de cultura, así como tienen una série de edades que se suceden. Por un lado el predominio de la sensibilidad, que principia la educacion del hombre, dá lugar á la del entendimiento, hasta que la razon reina á su vez; por otro lado la infancia precede á la juventud, y la juventud anuncia la edad madura. Despues, á causa de la profunda distincion que existe en el hombre entre el espíritu y el cuerpo, las dos séries de edades y grados de cultura pueden desenvolverse de una manera normal ó anormal, en armonía ó en oposicion una con otra. Mientras que el cuerpo sometido á las leyes fatales de la naturaleza recorre todas sus edades de crecimiento, el espíritu más libre en su marcha se detiene frecuentemente, ya en el primero, ya en el segundo grado de cultura en el curso de la vida actual, y muchas veces tambien prosigue su movimiento ascende, mientras que el cuerpo declina y marcha hácia la muerte. Los mismos pueblos quedan así estacionarios en la vida.

Busquemos ahora la ley y la significacion de las edades de la vida. La vida reproduce en su evolucion todos los atributos de la esencia, y comprende su organizacion, puesto que expresa la corriente ó manifestacion sucesiva de todo lo que está envuelto en la naturaleza de los séres: la vida está, pues, organizada como la esencia. La organizacion de la vida es la traduccion fiel en el *tiempo* de los principios que presiden á la organizacion de los cuerpos en el *espacio*. Las *leyes de la vida* están conformes con las categorías de la esencia y deben seguirse en el orden mismo de las categorías. ¿Cuáles son estas leyes? Unidad, variedad, armonía; en otros términos, *tésis*, *antítesis* y *síntesis*. La primera propiedad de la esencia, es la *unidad*: el alma es una, el cuerpo es uno, todo organismo es uno: la unidad es tambien la primera ley de la vida. La segunda propiedad de la esencia es la *variedad*: el alma posee una diversidad de facultades, el cuerpo una diversidad de partes, todo organismo una diversidad de órganos: la variedad es tambien la segunda ley de la vida. La tercera propiedad de la esencia es la *armonía*: todo se une á todo, todo se sostiene y se equilibra en el alma, en el cuerpo, en cada organismo: la armonía es tambien la tercera ley de la vida. La armonía es la variedad en la unidad, que acaba la organizacion y no reclama complemento. Tales son las leyes de toda vida: la esencia es, desde luego, poseida en su unidad

indivisa; despues sus diversos elementos se oponen entre sí y se desenvuelven unos despues de otros; en fin, cuando la evolucion es completa, todos los órganos se compensan y se unen en una rica síntesis. Estas leyes sirven de base á la division de las edades y de los ciclos de la vida que determinan su significacion.

Las *leyes* de la vida se aplican de dos maneras al desenvolvimiento de los séres finitos, segun que estos séres son considerados en sí mismos ó en sus relaciones con la realidad una y entera, que es Dios.

En sus *relaciones con Dios*, los séres finitos están desde luego colocados de una manera indivisa en el todo, despues se oponen al todo y adquieren el sentimiento de su propio valor, en fin, se unen al todo, conscientes de sí mismos y del conjunto de las cosas. Esta aplicacion de las leyes de la tésis, la antítesis y la síntesis traspasa los límites de la observacion. Podemos suponer que se verifica en la série de los grandes períodos de la vida sin límites, y creer que la vida infinita se desarrolla por *ciclos*, del que cada uno comprende tres términos sucesivos, tres grandes edades ó tres vidas análogas á la vida actual. En este caso, la vida terrestre del hombre, aunque dividida en edades, cuando se la analiza aisladamente, no sería más que un anillo de un ciclo más extendido, del que otros anillos estarian formados por la vida anterior y por la vida futura. Hallamos sobre la tierra un ejemplo de semejante ciclo en la manera como los séres organizados están colocados con relacion á la Naturaleza. La *planta*, rigurosamente ligada á la Naturaleza, sin conciencia de su propia existencia, vive bajo la ley de la tésis. El *animal*, separado de la Naturaleza, dotado de movimiento voluntario, sacrificándolo todo á su satisfaccion individual, sin conciencia de sus relaciones con el universo, vive bajo la ley de la antítesis ó del antagonismo. El *hombre*, en fin, consciente de sí mismo y de Dios, libre en el seno del mundo, buscando su propio bien en armonía con el bien de todos, vive bajo la ley de la síntesis. Una division semejante se encuentra probablemente en la vida de cada sér, manteniendo enteramente la diferencia de cultura que existe entre los tres reinos de la Naturaleza.

Considerando *la vida en sí misma*, las leyes de la tésis, la antítesis y la síntesis son confirmadas por la experiencia y se prestan á la division metódica de las *edades*. Si se observa la vida de la planta, del animal ó del hombre, la vida del alma ó del cuerpo, se en-

contrará siempre una edad de unidad, una edad de variedad, una edad de armonía en el período ascendente desde el nacimiento hasta la madurez, y las mismas edades se reproducirán despues de una manera inversa en el período decreciente desde la madurez hasta la muerte. En el curso de la vida, cada edad de evolucion tiene su término correspondiente y antitético en su retroceso: la vejez es una contra-juventud, la decrepitud una contra-infancia, como la muerte es un contra-nacimiento. La edad de la *unidad* ó de la tésis es la vida *embrionaria*, la vida uterina, la vida del gérmen ó del *huevo* (*omne vivum ex ovo*), en que la esencia se asienta en su unidad indivisa é indistinta, en que los órganos permanecen aun confundidos entre sí, en que el sér mismo no hace más que *uno* con aquel á que debe la vida y no tiene conciencia de su propia existencia. La individualidad no se manifiesta más que en el nacimiento, y principia por la rotura de las ligaduras que retenian el embrión cautivo y le protegian en el seno de la madre. La edad de la *variedad* ó de la antítesis es el período de *crecimiento*, que comprende la oposicion de la infancia, de la adolescencia y de la juventud: es la edad en que los diversos órganos envueltos en el gérmen se desenvuelven sucesivamente de una manera preponderante, aquí bajo forma de raíz, de tronco, de hojas y de flores, allá bajo forma de corazón, de cerebro, de músculos y de huesos, donde el sér adquiere todas sus fuerzas, entra en lucha con sus semejantes, y toma posesion de sí mismo. La edad de la *armonía* ó de la síntesis es el período de la *madurez*, donde la esencia está plenamente desplegada y equilibrada en todas sus energías, donde el sér perfectamente desarrollado converge con todos sus medios hácia el cumplimiento de su fin y se une á sus semejantes por los lazos del amor. Ante todo, unidad pura, envolvimiento, inconsciencia; despues variedad pura, expansion, crecimiento, antagonismo, arrogancia, conciencia de sí, y en fin, variedad en la unidad, equilibrio, medida, plenitud de la actividad, conciencia de sí y de los demás, tales son los caracteres fundamentales de las tres edades de la vida que la observacion revela en todos los séres animados.

Las tres edades de la vida individual, considerada en sí misma, se aplican tambien á la *humanidad terrestre*. Por esta aplicacion la filosofia de la historia de la humanidad adquiere su verdadera base y toma puesto entre las ciencias. Las fases de la civilizacion no re-

sultan de alguna combinacion entre las ideas de lo finito, de lo infinito y de su relacion, entre las formas de gobierno religioso, aristocrático ó popular, entre los procedimientos teológico, metafísico ó positivista del espíritu; resultan de las leyes mismas de la vida, puesto que son los momentos del desenvolvimiento de la humanidad. No provienen tampoco de la influencia de los climas, del crecimiento de las razas, de las corrientes magnéticas del globo, porque las leyes de la vida son independientes de los medios, y todos los medios que no apuran las condiciones de la vida pueden convenir al desenvolvimiento de las fuerzas humanas. Si el géneo no es un producto del terror, sino un producto del Espíritu, con el sello quizá del color local, si los pueblos no son formados por el suelo que ocupan, sino por su constitucion y sus aptitudes naturales, que se armonizan con el suelo, las fases de la civilizacion no tienen otra causa que la vida de la humanidad y no pueden explicarse más que por las leyes de la vida.

La *vida embrionaria* de la humanidad no se halla en los monumentos históricos, sino en las tradiciones concordantes de los pueblos: es la *Edad de oro* de los antiguos ó el *Paraíso terrestre* de los libros sagrados. Los hombres en el Eden vivian íntimamente unidos á Dios, á la Naturaleza, á los espíritus, y no tenían conciencia clara de sí mismos. Soñaban en Dios y se hallaban quizá, merced á los poderosos esfuerzos de la Naturaleza y á la flexibilidad de su propia organizacion, en un estado de hiperestesia, próximo á la doble vista magnética. Obedecian instintivamente las tendencias de su naturaleza sensible y racional, hacian el bien, veian la verdad, sentian lo bello, practicaban la justicia, vivian en paz entre sí, con la inocencia y la ingenuidad de la infancia. Ignoraban el mal y no pecaban. Eran dichosos bajo la proteccion de la Providencia. En esta condicion instituyeron el lenguaje, como el ave hace su canto, sin esfuerzo, sin convencion, como expresion natural del estado de su alma, y anudaron los vínculos del matrimonio y todas las relaciones fundamentales de la vida moral, social y religiosa, reducida á sus elementos más simples. «Apenas salido de las manos del Creador, el hombre tendia á él por todos los vínculos del alma y del cuerpo. El leon naciendo ha marchado al desierto, el águila ha volado sobre la cima del monte, el hombre ha marchado hácia la sociedad, hácia la Humanidad, hácia Dios mismo. Sí, hé aqui el gran nombre

pronunciado, y si no colocais algun instinto divino en el corazon de los pueblos en la cuna, todo permanece inexplicable (1).»

Tal ha debido ser, segun las leyes de la vida, el origen de la humanidad sobre la tierra. La filosofia de la historia está de acuerdo sobre este punto capital con las tradiciones religiosas de los pueblos. Pero disiente con un número de representantes de la ciencia moderna. Varios pensadores, imbuidos de opiniones materialistas, imaginan que los primeros hombres eran *salvajes*, sin lenguaje, sin culto, sin vínculos sociales, descendientes de los *monos* antropoideos por vía de trasformacion ó de seleccion natural, segun las teorías de Lamark y de Darwin, y han creido hallar la confirmacion de esta hipótesis en los descubrimientos recientes relativos al *hombre fósil*. Todas las investigaciones son bienvenidas para nosotros, y estamos prontos á modificar nuestras convicciones luego que se nos haya demostrado nuestro error. Entretanto no nos dejemos deslumbrar. Los descubrimientos que se alegan un poco prematuramente no establecen más que una cosa hasta aquí; es que el hombre es mucho más antiguo que los historiadores le suponian, segun todas las interpretaciones de la Biblia; no prueban que el hombre sea un mono perfeccionado, puesto que los cuadrumanos conocidos no se perfeccionan y los más inteligentes jamás han hablado ni encendido fuego ni fabricado instrumentos; no prueban más, que los huesos humanos enterrados con los de los grandes mamíferos en los terrenos de la época cuaternaria, pertenecen realmente á las primeras razas que habitaron el globo.

Los geólogos hablan de una edad de piedra, de una edad de bronce, de una edad de hierro, anteriores á los tiempos históricos. Admitimos que los hombres de la primera edad, de los cuales se han hallado algunos restos en Europa, eran salvajes ó bárbaros colocados en el más bajo grado de civilizacion; ¿qué resultará? Que los celtas han sido precedidos en nuestras comarcas por una ó varias razas sumergidas en la más profunda miseria moral y material. El hecho es posible, y no tiene nada de admirable para la historia. Juan Reynaud ya proponia hacer retroceder una docena de miles de años el punto de partida de la cronología humana (2) Mas la

(1) E. Quinet, *Le Genie des Religions*, I, cap. 4.

(2) *Terre et Ciel*. II, Las edades; París, 1854.

cuestion se reduce á saber si las razas antediluvianas de la edad de piedra se hallaban en la misma condicion que las tribus análogas que subsisten aun en América, Africa y Oceanía. Es generalmente reconocido que los salvajes provienen de un pueblo más antiguo que se disuelve, se degrada y se apaga; que son incapaces de elevarse por sí mismos á un grado superior de cultura, y no se mejoran alguna vez más que al contacto de naciones más adelantadas. Si no quedan siempre huellas de una civilizacion anterior en los territorios ocupados por los salvajes, como sucede en la Australia, está permitido pensar que estos territorios han sido poblados por vía de emigracion lejana, y que los emigrantes han caido rápidamente en la barbarie, precisamente á causa de su aislamiento (1). Un pueblo que se separa de la Humanidad se parece á esos desgraciados que se pierden en un bosque desde su infancia: se debilitan y perecen como una rama desprendida del árbol. No obstante, M. Lubock piensa que la opinion comun no debe ser admitida sin reserva, que si existen muchas naciones que, en otro tiempo progresivas, han cesado de marchar hácia adelante y aun han retrocedido, no es esto una prueba en favor de la teoría de una declinacion general (2). Mas los ejemplos que invoca á título de excepciones, alguna innovacion de un lado, la carencia de monumentos del otro, no son de ningun modo decisivos y encuentran con facilidad su explicacion en las circunstancias locales. Una innovacion parcial es siempre posible en una tribu por la sólo influencia de un jefe, sin que el nivel moral é intelectual del pueblo sea afectado; el capricho de otro jefe basta para restablecer la situacion primera. El hecho es que no hay ningun progreso permanente en los salvajes, sin cambio en sus relaciones con otros pueblos. Existen numerosos matices en el salvajismo, determinados por el carácter de raza y por la naturaleza de los medios, pero la degradacion persiste indefinidamente en la carencia de un apoyo serio y eficaz exterior. La inteligencia que sirve á la satisfaccion de los apetitos sensibles se convierte en astucia, no en ciencia. Sin instruccion no hay progreso.

Ahora si el salvajismo es un estado de *degeneracion* y de esta-

(1) A. de Quatrefages, *Unité de l'espèce humaine*, XXII, emigraciones.

(2) Sir Joh Lubock, *L'Homme avant l'histoire*, Paris, 1867.

cionarismo, ¿cómo podria ser el punto inicial del *desenvolvimiento* de la Humanidad? ¿Si nuestros primeros padres eran salvajes, de dónde provendria la sublime civilizacion del antiguo Oriente, atestigüada por los monumentos literarios y artísticos de la India, de la Persia, de la Asiria, del Egipto, contemporáneo quizá de las primeras razas que vinieron á perderse en Europa? Y sin la tradicion oriental, ¿cómo darse cuenta de la marcha y progresos de la cultura del espíritu en la Judea, en la Grecia, en Roma y en los pueblos bárbaros de Europa, convertidos á la religion cristiana? ¿Qué seria la causa del monotheismo de las castas letradas y de los libros sagrados del Oriente, entónces que el pueblo no conocia más que el culto sensual de los dioses? Y si de la historia general pasamos á la *filología*, ¿cómo hacer comprender, partiendo del salvajismo, la institucion de la palabra y de la escritura y la perfeccion de las lenguas más antiguas? Estas cuestiones piden un serio exámen, y no deberian perderse de vista por los sábios que buscan el origen de la Humanidad en un pretendido *estado de naturaleza* y aun en la bestialidad. De Bonald, 1760-1840, apreciaba su importancia cuando oponia la teoría de la revelacion primitiva á la teoría materialista de la invencion del lenguaje (1). El autor no veia más que una hipótesis posible fuera de la institucion divina de la palabra; es la invencion humana del lenguaje hecha palabra por palabra por los prodigios de reflexion en el estado de naturaleza, es decir, en las condiciones del salvajismo. Sus argumentos son invencibles contra esta hipótesis y jamás han sido refutados por los sensualistas, pero carecen de valor contra la creacion espontánea del lenguaje hecho por el hombre íntimamente unido á Dios, y gozando de la integridad de sus facultades racionales (2).

Todo se esplica en la teoría filosófica de las leyes de la vida. La luz del Eden es insensiblemente disipada, cuando la Humanidad ha pasado de la primera edad á la del *desenvolvimiento personal*; pero quedan vestigios en el mundo que han mantenido las tradiciones y guiado las generaciones futuras. La transicion de la vida embrionaria á la vida libre es una *crisis* y una *caida* momentánea para la Humanidad como para el individuo. La caida no ha cor-

(1) *Recherches philosoph. sur les premiers objets des connais. morales.*

(2) Renan. *De l'Origine du langage*, Paris, 1858.